



Vamos a la ruta...

Por Eduardo Sartelli

Road Movie: como en las novelas de Kerouac (*En el camino*, por ejemplo), los personajes de las películas cuyo escenario es la “ruta”, realizan un viaje iniciático, el viaje del héroe. Es un género viejo (piénsese en la *Odisea*) y omnipresente: Thelma y Louise comparten con Nazareno Cruz el cruce del Aqueronte, el pasaje hacia el infierno, del que podrán (o no) emerger triunfantes. Externalización de la propia vida, la ruta es siempre un camino hacia el fondo de uno mismo. El conocimiento que de allí se trae puede ser la salvación. O la muerte. En *El príncipe de Persia*, uno de lo más conocidos juegos de “pantallas”, en los que el muñequito debe matar a Jaffar (el malo) antes de la muerte de la princesa, la travesía semeja un viaje iniciático: dialécticamente, el personaje abandona la superficie para llegar al submundo de cuevas y catacumbas, para luego ir ascendiendo cada vez mejor pertrechado en “vidas”. Nunca llegué al último nivel, así que no sé como termina. Lo que siempre me impresionó es que el “príncipe” muere miles de veces antes de que uno lo haga llegar a destino. Hay pasajes en los que es necesario sacrificarlo para entender el diagrama y las formas de sortear los peligros. En sentido estricto, el príncipe no es uno, sino un verdadero batallón de sacrificados en aras de una causa que desconocen.

La Argentina, como los Estados Unidos, es tierra apta para la Road Movie, preguntentele si no a Soriano. Grandes espacios abiertos, largas cintas de asfalto: el destino que llama a la intemperie, que obliga a jugarse al descampado. No toda historia *on the road* es necesariamente una desgracia, puede ser también un acto de liberación: Vamos a la ruta! dice la canción, como quien desea escapar de todo, dejándolo atrás. Sin embargo, las últimas llamadas “a la ruta” en la Argentina no son precisamente de este tipo ni con este ánimo. Abandonados a su suerte, los trabajadores de Cutral Có y Tartagal, si no inventaron, popularizaron una metodología que fue retomada luego en muchos otros lugares: el corte de ruta. El héroe no busca escaparse ni su periplo consiste en una travesía: los demás deberán venir a él. La esencia del corte es llamar la atención primero, provocar la crisis, después: no pasás hasta que no venga alguien y ofrezca algo.

El contenido del hecho remite, entonces, a dos problemas: por empezar, a sus causas (y, obviamente, sus soluciones); pero también a la situación de quienes actúan.



En un comienzo, la metodología del corte de ruta, al menos en su forma más espectacular, fue el resultado de la reestructuración de YPF. Posteriormente, se ligó a otras cuestiones, como la debacle presupuestaria correntina o la más reciente eliminación de los “Planes Trabajar”, forma miserable y encubierta en la que aparece el subsidio por desempleo en la Argentina. En cualquier caso, hay una línea de interpretación del problema que liga “ajuste” con “desindustrialización” y, por ende, con “ausencia de explotación” y “desocupación”. Otra línea, la que aquí sostenemos, que habla de “ajuste”, “desarrollo capitalista”, “desocupación”, “aumento de la tasa de explotación”. Para la primera, los cortes de ruta muestran el no desarrollo capitalista: “menos capitalismo”. Para la segunda, hay más miseria porque hay “más capitalismo”. La primera acuerda con el gobierno: para repartir hace falta crecimiento económico. Diez años continuados de altas tasas de crecimiento y no menores incrementos de la desocupación y de caída de salarios, parecen no ser evidencia bastante de que la ecuación no cierra.

Efectivamente, si el problema es “menos capitalismo”, entonces, todo el drama es desarrollar “más capitalismo”. De allí surgen al menos dos programas posibles: uno destinado a las Pymes, otro a los grandes conglomerados multinacionales. El segundo consiste en desgravar, liberar, desregular y flexibilizar a favor de los grandes capitales, es decir, el programa keynesiano de Cavallo (volcar la masa de recursos de las privatizaciones, nuevas deudas y arrebatos violentos de recursos de cajas jubilatorias en subsidios del más diverso tipo) y tiene como consecuencia lógica el aumento de la desocupación, dado que buena parte del ajuste pasa por el aumento de la plusvalía absoluta colectiva (el famoso “desempleo encubierto” del que hablaba el ministro de la convertibilidad y que resulta harto ejemplificado por la experiencia de YPF) o de plusvalía relativa, o sea, gigantescas inversiones de capital para montos ridículos de empleo (como lo demuestran, con no menos eficiencia, las terminales automotrices). Se estruja a la sociedad toda para sacarle menos jugo que a una roca. El segundo programa, el “progresista”, apunta a las “tomadoras de empleo”, es decir, supone que las Pymes pueden constituirse en el núcleo de la economía nacional, un verdadero disparate, o que pueden ofrecer trabajo con sólo aportarle créditos baratos. Como tal cosa también es un disparate, las propuestas se expanden y ya no se trata de bajas tasas sino también de “flexibilidad” para las Pymes, de desgravaciones impositivas (o sea, de mayores



impuestos sobre el resto de la población) y de subsidios para la compra de bienes de capital (o sea, de “eliminadores” de mano de obra). El resultado, sólo superficialmente paradójico, es que el programa “progresista” resulta ser más reaccionario que el “reaccionario”.

Lo que los cortes de ruta muestran es todo lo contrario: YPF produce hoy muchísimo más con menos del 20% del personal que antes de la privatización. Las empresas automotrices son otro ejemplo. ¡Pero son sólo armadoras! Por si no se sabe, toda automotriz es una “armadora”. ¡Pero los componentes no son locales! O sea, “más capitalismo” fuera de la Argentina. La hipótesis de la desindustrialización desemboca, por su propia ceguera, primero negando los hechos, y después, el carácter internacional del sistema capitalista. Ha habido un fabuloso desarrollo de las fuerzas productivas a nivel mundial. Por eso hay crisis: porque hay más capitalismo. Porque hay desarrollo de las fuerzas productivas (“más capitalismo”), esas fuerzas chocan contra las relaciones de producción existentes. Es en ese momento en el que las relaciones dejan de promocionar el desarrollo de esas fuerzas y se convierten en trabas de su desarrollo: el “ajuste” quiere decir eso y no otra cosa. Cuando las relaciones generan esa situación, sus “soportes” se rebelan. Este es, precisamente, el segundo problema que plantean los cortes de ruta: la población repelida por el capital productivo, resulta superflua, sobrante. Y se constituye, por su propia presencia, en la negación de la negación: la reivindicación de la vida más allá de toda lógica social, más allá de toda constricción material. O te hacés cargo de mi existencia o la vida no continúa. El héroe se planta frente al abismo y el mismo demonio se ve forzado a desenmascarse y matar o rendirse y pactar. Así ha surgido el grito de guerra más profundo de los últimos años en la Argentina: *Vamos a la ruta!* Demuestra, de paso, que algo se mueve en el corazón del viajero. El gobierno menemista, primero, el de la Alianza (que debutó matando), después, han comprendido ya de qué se trata. Muchos han caído en la terrible tarea de reconocer el diagrama y la forma de sortear los peligros. Un verdadero batallón de sacrificados en aras de entender de qué se trata. Es triste que así sea. Es triste que los muertos en la lucha no disfruten la victoria, si esta llegara a producirse. Pero la clase obrera va. Claro que va. Y nos llama: *Vamos a la ruta!* Algo liberador se esconde en este grito.